

Ana María Francia

Los Peregrinajes

Homenaje a Félix Albarracín

SUBEZ



EDITORIAL

SuBeZ

Echeverría 55. Cp: 2900. San Nicolás de los Arroyos.

Buenos Aires. Argentina.

Tel.: 0336-4425697

editorialsubez@gmail.com / susanabeatrizg2009@

hotmail.com

f **s** : Subez Editorial

Obra: **LOS PEREGRINAJES**

El siguiente libro forma parte de la Colección: Revoltosa de autores locales Alfredo Omar Busch

Subserie: 8 - Edición: 1° 2018

Autora: Ana María Rodríguez Francia

Prólogo: Pedro Salinas

Correcciones y contribuciones: Liliana Onaindi y El Pato Singer

Imagen de tapa: Artesanía de Félix Albarracín

Diseño editorial e integral: Susana Beatriz González

Queda hecho el depósito que marca la 11.723.

Las ideas y conceptos vertidos por la presente obra son creación libre de sus autores y no reflejan posturas u opiniones de la editorial.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor o los autores. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN:

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA

Francia, Ana María

Los peregrinajes / Ana María Francia ; contribuciones de Liliana Onaindi ; El Pato Singer ; Félix Albarracín ; editado por Susana Beatriz González ; prólogo de Pedro Salinas. - 1a ed ampliada. - San Nicolás de los Arroyos : SuBeZ, 2018.

56 p. ; 18 x 12 cm. - (Revoltosa de autores locales Alfredo Omar Busch / Valenzuela, Alberto Darío; . 8 ; 6)

ISBN 978-987-4408-21-1

1. Poesía Argentina Contemporánea. I. Onaindi, Liliana , colab. II. El Pato Singer, colab. III. Albarracín, Félix , colab. IV. González, Susana Beatriz, ed. V. Pedro Salinas, , prolog. VI. Título.

CDD A861

Ana María Francia

Los Peregrinajes

Homenaje a Félix Albarracín



*A ustedes
este hogar*¹

*A María Inés Carabajal
A Pedro Antonio Salinas
A Jimmy Urquiaga, en el recuerdo
de Astul
Y a la memoria de Félix Albarracín.*

1- Este libro está dedicado a José Andrés, a Ana, María Verónica, María Belén, Nacho, Mercedes, Ivana, Micaela, Guillermo Eduardo, Guillermo Alberto, Boris Alfredo.

*Guarde estos poemas. No los deseche. Algún día
reconocerá su valor.*

Prof. Luis Arturo Castellanos
Cátedra de Literatura española I
Facultad de Filosofía (UNR)1968



*Cuando mi viaje llegue a su fin, saldrá la estrella
de la tarde, y las melodiosas armonías del crepúsculo
se abrirán tras el pórtico del Rey.*

Rabindranz Tagore
Ofrenda lírica, 94

Prólogo

A veces, solo a veces, me ocurre que leyendo un poema escucho la voz de su autor. Despego las letras del papel frase tras frase para ver qué hay debajo, y me encuentro con una escritora excepcional.

Sus peregrinajes son momentos de la vida.

Sus vivencias en Rosario: «Camino por la noche de Rosario y se me escapa un pájaro del alma».

Luego descubre el río: «Las aguas no regresan y el río llega y pasa despidiéndose siempre».

El desgarró: «Habíamos crecido tanto en una hora de dolor, y habíamos engendrado pupilas en el légamo para ver las sombras del velero pasar, deslizarse como un ave fantasma».

Un anbelo incierto: «Tengo que derramar barquichuelos de papel / algún día / uno de ellos / recogerá mi alma en algún puerto».

A veces me parece que leyendo estos poemas de Ana María Francia me estoy mirando en un espejo.

El desarraigo del amor: «Sentir así tu canto que es calidez de vela y de pañuelo, mientras dure este tiempo detrás de una ventana de sal y de penumbra».

El recuerdo de su amigo Félix Albarra-cín: «Vayamos a restaurar un cuadro de Renoir junto a la costa, por tu sed de caminos, por mi hierro de hermana, y escuchemos el silencio del río».

En nombre de los ausentes: María Inés, Astul, Félix, Jimmy, y de quien suscribe, gracias por dejarnos estar en este hogar que es como un santuario para nosotros.

Pedro Antonio Salinas

CANTOS EN EL PARANÁ

I

Tu nombre viene flotando
con el agua,
con el canto de los pájaros en las islas
y el croar de las ranas por la tarde.

Incesante afluir de vida
que se presiente desde una onda habitada
por peces increíbles.

Tu figura viene contorneando
camalotes,
maraña quejumbrosa de insectos
que lame húmedos pastos crepusculares.

Tu perfil se acrecienta en la canoa
que fluye con las sombras;
taja la costa nuestra sangre,
y hunde soplo de remos
mientras huyen las aves hacia el monte.

Tu alma trasciende el río.
Tu dolor lo conmueve.

Espejo de gaviotas,
te contiene junto a un grito de parto
en la espesura.

Ana María Francia

Y ya en la noche,
un estallido de luciérnagas.

II

Se desangra la mañana azul
sobre el paisaje
mientras se escuchan las ocultas voces.

El pescador lo sabe
es la vida que fluye.
Es el salmo del hombre que se
pliega a las nubes.

Las aguas no regresan.
Y el río llega y pasa,
despidiéndose siempre,
llamándonos
dibujando promesas en el horizonte.

Luego el sol se desploma,
volviendo roja el alma de las cosas.

En tanto,
derramamos el alma sobre el muelle.

III

Hermano pescador,
yo te he visto pasar
con tu pesada red hacia
el canal sediento.

Te he visto aprisionar
el temblor verdeplateado de
los peces agonizantes.

Te he contemplado
desaparecer detrás de
los últimos cardales,
donde el río remansa
y se disgrega.

He sentido lejano
tu cansancio sin pausa,
y he creído observar
que caminabas sobre el agua
del Paraná.

Era el alba quizá,
cuando miré tus ojos
impregnados de remolinos ágiles;
luego te vi marchar hacia el reposo
con el peso purísimo.

Dudo.
Lo sé.

Pero tu pie, calzando una sandalia tosca,
me selló para siempre con su huella.

IV

El velero

Uno

Dibujando en el fondo del río
su figura alada,
vimos el velero.

Agitaba nuestra mirada su impotencia,
en tanto la música se escurría
desde cafés portuarios
y caía, gastada, junto a botes
que mecían un sueño.

Habíamos crecido tanto
en una hora de dolor,
y habíamos engendrado pupilas
en el légamo,
para ver la sombra del velero
pasar,
deslizarse,
como un ave fantasma.

Luces lejanas sonreían,
pero estábamos solos.

Dos

Y tratábamos de vencer la oscuridad
que ya ocultaba nuestras manos
ah, nuestras manos
y nuestra propia sombra.

Hundíamos los despojos
en el velero,
y queríamos salvarnos,
perpetuarnos.

Las luces comenzaron a apagarse.
La música cesó de bailotear.
Salió la noche y el silencio.

A lo lejos,
las primeras estrellas.

Pero estábamos solos.

V

He dejado flotar la mirada
sobre el río
repitiendo tu nombre.

Qué invencible el anhelo
de crearte siempre
sobre la misma costa!

Desearía alejarme
partiendo con tu nombre.
Nada más, con tu nombre.

Y no volver a caminar estas playas.

Después, seguiría hilvanando
cadenas de islas,
con tu nombre.

VI

Los barcos de papel

Tengo que derramar barcazas
sobre el mundo
para que lleven el mensaje
lo más lejos posible.

Derramarlas y
que se alejen
como palomas
casi sin reflejarse sobre el río.

Y verlas partir,
porque no tengo alas,
verlas partir
hasta que no sean más que un puñado
de sueños.

Tengo que derramar barquichuelos
de papel.

Algún día
uno de ellos
recogerá mi alma en algún puerto.

VII

Palabras para tu noche

Y me trae el recuerdo
ah, tan lenta,
la música de tu paso por la costa
y el ruido de la arena
deslizándose.

La noche.
No es necesario describir la noche
junto a un bote roído.

Geografía de rectas, bronce y agua,
tu perfil en la noche.

Cuántas veces te dibujé en las ondas
en una suma
siempre nueva y antigua;
mi mano se perdió en un poema
y hubo luces,
barrancas, silencio de camalotes
que ayer estaban,
hasta debajo de los puentes.

Y yo era como una
extraña sierva
descalza y peregrina
junto al verano.



VIII

Ejercicio para un olvido

«Entre los labios y la voz algo se va
muriendo. Algo con alas de pájaro,
algo de angustia y olvido».

Pablo Neruda

Entreveíamos cercanos cementerios
a través de tus ojos.
Entreveíamos cementerios
y nos hacíamos la pregunta de piedra
para que nos oyeran las estatuas.

Para que alguien viniera a recatarnos.

Afuera, en la calle,
apresurada la humedad huía
de las aguas del sol
y construía puentes para
la bruma de la noche.

Puentes de esclavitud,
de persecuciones
de angustia
de miseria.

La noche misma se apresuraba
por golpear nuestras puertas.
Cierra los ojos.
Dame la mano.

De esta manera,
solo de esta manera,
podremos desintegrar los cementerios
y figurarnos inmortales.

IX

Nox

Mientras todo se duerme
y el aire de la noche
cruza,
cargado de neblina
por la plaza vacía,
por las calles lejanas,
o se apoya en la borda
de la costanera.

En estas altas horas.

Y hay muchos que se mienten
en los dudosos cuartos
de una casa dudosa;
y otros se descubren
sobre una almohada compartida.
Y otros mueren solitarios
y otros están con otros pero solos.

Y el río crece o baja,
mientras la vida es como un laberinto
de velados espejos.

Mientras rueda y rueda la barca
por los espacios

Ana María Francia

nosotros cosechamos
el amor.

Devolución de un largo peregrinar
entre las sombras.

LOS PEREGRINAJES

I

Deambular

Entonces,

este andar noctámbulo

por los ángulos de la noche

siguiendo la caravana
para terminar descubriéndote
allá,

tan lejos,

tan lejos,

que casi no puedo distinguírte!

II

Sin retorno

A Elisa

me puse mi vestido
de flores silvestres
saliendo hacia los sueños
fui subiendo y bajando escalones
hasta emerger en una calle
de cartón prensado
busqué adoquines
y miré mi rostro en las ventanas
sin cortinas y sin ojos
mi corazón
llevaba tantas auroras
como el mundo
un hombre dos tres
ochenta muchos hombres
estaban en la esquina
bordeando los cordones
fui a caer en un espejo
hecho añicos
al lado del sol que se moría

III

A una sombra

Quiero allegar
hasta tu alma solitaria
atravesando esquinas,
la mirada distante
en el hilo de plata.
Desde el claro de un bosque
tan lejano, tan denso,
como el reflejo verde de
los montes
sobre el agua.

No sé cómo lo haría sin romper
tu armadura,
sin violentar tus sellos,
sin quebrar tu coraza.

Después de la batalla
comenzar un destino
más allá,
bajo un farol antiguo
y un muro hecho pedazos.

No vislumbro qué harías, entonces,
para nacer de nuevo!

IV

Después de todo...

Te dejé en una esquina
pensativa.

Y huí.

Mis manos se deshicieron
en el agua del río
hasta beber el eco
de los muelles.

Crucé calles enarbolando
un grito
y puse diagonales y semáforos
y puertos y avenidas.

Las luces se volcaron
sobre carteles
que agrietaron mi piel.

Sin reparar en fantasmas
continué huyendo.
Las calles murmuraban...

En el espacio, apostadas,
las nubes me miraron
desde una ausencia.

Luego fue la nostalgia,
la soledad y el frío.

Sin nada.
Desposeída.
Sin el registro de tus voces
llamándome.

Sin querer escucharte ya,
después de todo.

V

Intermezzo **boquense**

Se quiebra una balada
bajo los puentes rotos,
los muelles semihundidos
y un barco que ha corroído el tiempo.

Y el viento, siempre el viento,
que atraviesa mis huesos
y mis venas.

Un acordeón que no oigo,
pero que intuyo nacer
del fondo mismo del Riachuelo
ingrávido,
pinta sobre mi rostro una sonrisa.

Qué soledad de lluvia
junto al recuerdo de Quinquela.

VI

Díptico al Hombre

I

Por eso vinieron tus manos
como barcas perdidas en el mar
bajo la indisciplina del otoño.

Y tu sonrisa se sumergió
en mis aguas,
mientras bullía la savia de los árboles.

Como un arco perfecto
se inclinó tu figura.

Estatua de marfil.

Entonces supe que
eras el Hombre.

II

Sentir así tu lámpara,
tu paso en el otoño.

Sentir así tu canto
que es calidez de vela y de pañuelo

mientras dure este tiempo
detrás de una ventana de sal
y de penumbra.

VII

Versos sin tiempo

Hace ya tantos siglos
que estamos contemplando.

Siempre el mismo esplendor
en tu mirada.

Inevitable levedad
aquí,
amando hacia la lejanía.

Porque estamos aquí
desde hace tantos siglos,
desde tan lejos,
hemos crecido pájaros
y magnolias.

VIII

Canto de la espera

Que busco tu presencia entre las cosas
por hallar tu comienzo en algún lado.

Y descubrirte, al fin,
sobre las finas hojas transportadas
por senderos de hormigas.

Que sobrevuelo mis ventanales
avaros de recuerdos y nostalgia
y huyen mis ojos por umbrales secretos.

Te rastreo en la cara de la gente
que pasa,
en los cables de la luz
y en los cordones de las calles.

Trato de contemplarte aunque
te escondas
detrás de la palabra que
no pronuncio,
o del verso que nunca será canto.

Y también, sobre todo, en los
hombros encorvados de los pobres.

Mientras todo esto pasa,
enciendo una candela en mi ventana
para que sepas.

Y espero.

IX

Invocación a la desconocida

Ven a la madrugada
cuando se van las últimas estrellas...
con el rocío nuevo
y el lucero en el alba...

Ven, con calidez de hermana
o amigo,
mientras vuelan los pájaros primeros
y el sol es una lámpara
que ensaya una sonrisa.

Ven.

Que yo abriré mis ventanas para que entres,
y mis espejos te saludarán
y te daré mi pluma y mis herrajes.

Ven.

Para que tantas palabras se revelen
y el día se convierta en un camino
como el tuyo,
siempre hacia más allá.

En el momento de los maitines
cerca de un canto de ángeles
y campanas.

No tardes en venir,
hermana mía,
amigo,
para que el tiempo no se agote
en mi voz.

X

Caminata desde nosotros

Hablemos.

Hemos estado tanto tiempo
rodeados de pinturas,
de bibliotecas atestadas
de voces cautelosas.

Hablemos.

Cuando buscábamos un camino
a través de los botes de papel
que naufragaban,
sonreíamos ante el cielo,
los peces,
las barrancas,
como si fuéramos dioses.

Y el crepúsculo arrojaba
su bermellón
y ensangrentaba nuestras manos.

Hablemos y salgamos.

Vayamos a restaurar un cuadro de Renoir
junto a la costa
por tu sed de caminos,
por mi hierro de hermana,
y escuchemos el silencio del río.

Levantemos la alta copa
de los lagartos madrugadores
y hagamos votos por un amanecer
que se avecina.

Hablemos y salgamos y vayamos
al encuentro de la mano fundamental
que nos proteja,
y todos estaremos menos abandonados,
menos solos,
menos tristes.

Y por si algo nos falta,
resucitemos una antigua memoria
y alcemos el poema.

XI

Noche de Rosario

Uno

Voy a enumerar
y digo:

Las luces de la ciudad
que incendian las ventanas
los automóviles particulares
los taxis
las modelos
las otras
y los otros
y el silencio.

Voy a adjetivar
y digo:

Las luces de la ciudad son compañeras
las ventanas se abren elocuentes
los automóviles particulares avanzan
presurosos
los taxis se ven indiferentes
las modelos van pálidas

y las otras son pobres
los rostros están serios
y el silencio canta.

Rosario.

De qué otro modo aproximar
a la ciudad poema
si no es enumerándola
y adjetivándola
en alas de la música.

Dos

Camino por la noche de Rosario,
y se me escapa un pájaro del alma
para que vuele hasta el lugar más puro.

Y recorro también todas las calles
por convertir la soledad en oro
y beber en raíces muy dentro
de nosotros.

Debo tomar un tren.

Rosario queda allá lejos,
como un duende encaramado
en las cúpulas,

como un polichinela sobre el río.

Epílogo

Mientras el tren avanza,
no sospecho los rostros
que esta ciudad
me traerá algún día.

INDICE

Dedicatoria.....	7
Cita uno.....	9
Cita dos.....	11
Prólogo:	
Pedro Salinas.....	13
Cantos en el Paraná:	
I.....	17
II.....	19
III.....	20
IV: El velero – Uno.....	22
Dos.....	23
V.....	24
VI: Los barcos de papel.....	25
VII.....	26
VIII: Ejercicio para un olvido....	27
IX: Nox.....	29
Los peregrinajes:	
I: Deambular.....	33
II: Sin retorno.....	34
III: A una sombra.....	35
IV: Después de todo.....	36
V: Intermezzo boquense.....	38

VI: Díptico al Hombre – I.....	39
II.....	40
VII: Versos sin tiempo.....	41
VIII: Canto de la espera.....	42
IX: Invocación a la desconocida.....	44
X: Caminata desde nosotros.....	46
XI: Noche de Rosario – Uno.....	48
Dos.....	50

COLOFÓN

El libro:

LOS PEREGRINAJES

editado por

SUBEZ Editorial

ha sido impreso a pedido de

“La Revuelta Literaria”

en

Taller Gráfico Fervil S.R.L.

Santa Fe 3316 - 2000 Rosario.

Provincia de Santa Fe - República Argentina

en el mes de junio del año 2018

